



Buscar la verdad, sentido profundo de la existencia humana

"¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Hemos venido a adorarlo" (Mt. 2,2)

1. Introducción

Entre las tareas más bellas que un ser humano hace frecuentemente de maneras muy diferentes, y tiene necesidad de realizarlas, se halla la de buscar la verdad; ese deseo que aparece siempre en su corazón y que a menudo no sabe formular, pero existe en su vida; esa especie de ansia de felicidad que cuando no la encuentra lo empuja al desasosiego permanente y le recluye en la desesperanza.

La salida de Oriente de los Magos, dejando su tierra, su cultura, sus familias, sus tradiciones; la puesta en camino de aquellos hombres de ciencia, que se dejan conducir por una estrella, supone una confianza absoluta en la mano invisible que les guiaba hacia el encuentro de la verdad que estaban buscando. Ellos representan a todos los hombres de este mundo con sed, con deseos de felicidad, con profundas convicciones escritas en su corazón; personas que mientras no sacian esa sed o encuentran la felicidad, poniendo su confianza más allá de ellos mismos, no alcanzan la plenitud que todo ser humano está llamado a lograr.

El ser humano tiene sed de la verdad, porque ahí está el profundo sentido de su existencia. En esta Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, nos vamos a encontrar con el Sucesor de Pedro, el Papa Benedicto XVI. Él ha tenido siempre una pasión especial por buscar la verdad y situar al hombre en el seguimiento de esa verdad. Unas referencias a su vida pueden haceros ver su deseo de poner a la persona en el seguimiento de la verdad. Al ser nombrado Obispo elige como lema esta frase: "Colaborador con la verdad". Y explica el por qué de tal elección: «Como lema espiritual escogí dos palabras de la tercera epístola de San Juan: 'Colaborador con la verdad'. Ante todo porque me parecía que podría representar bien la comunidad entre mi tarea anterior y el nuevo cargo; porque con todas las diferencias que se quieran, se trataba y se trata siempre de lo mismo: seguir la verdad, ponerse a su servicio. Y desde el momento en el que en el mundo de hoy el argumento verdad casi ha desaparecido, porque parece demasiado grande para el hombre y sin embargo si no existe la verdad todo se hunde, este lema episcopal me parece que era el que estaba más en línea con nuestro tiempo, el más moderno en el sentido positivo del término» (J. Ratzinger, *Mi vida*, pág. 130).

2. No ahogar el deseo y la necesidad de seguir la Verdad

Hemos de tener la valentía de no ahogar el deseo de seguir la verdad que está en el hombre. Desearía que lo descubrieseis a través de esta parábola que os voy a contar: la parábola del jilguero y el gallinero.

"Un hombre caminaba por un bosque y encontró en el suelo un pajarillo que aún no sabía volar, se había caído del nido. Lo tomó en su mano y se lo llevó a su casa. Se le ocurrió ponerlo en la jaula donde tenía los pollos. Así transcurrieron los días y los meses. Un día apareció en su casa un amigo muy entendido en pájaros. Y le preguntó al dueño por qué razón tenía al jilguero junto con los pollos en la misma jaula. La respuesta fue sencilla:

-Lo encontré hace mucho en el bosque, en el suelo -respondió- pues se había

caído del nido, lo traje a casa y se me ocurrió ponerlo en la jaula grande con los pollos. Le he dado de comer lo mismo que a ellos y le he enseñado a ser pollo; como ves se conduce como ellos, por tanto ya no es jilguero.

Su amigo le insistió:

–Sin embargo, tiene corazón de jilguero, se le puede enseñar a volar.

Y llegaron a un acuerdo: ver si era posible que volara. El hombre, amigo y entendido en pájaros, sacó de la jaula al jilguero; lo tomó en sus manos y le dijo:

–Abre las alas y vuela, perteneces al cielo y no a la tierra.

Pero el jilguerillo, al ver a los pollos comiendo, se volvió a la jaula y entró con ellos. Pero el hombre volvió a tomarlo en sus manos, sin desanimarse, se lo llevó a la terraza de la casa y volvió a animar al jilguero:

–Abre las alas y vuela, perteneces al cielo, no a la tierra.

Pero, una vez más, saltó y fue en búsqueda de los pollos. Al día siguiente lo cogió otra vez en sus manos y se lo llevó al alto de la montaña. Allí volvió a decirle:

–Abre las alas, vuela, que perteneces al cielo y no a la tierra.

El jilguero miraba a su alrededor, pero no acababa de echar el vuelo. Fue entonces cuando el hombre, tan entendido en pajarillos, lo puso frente al sol, y al momento prorrumpió a cantar el jilguero. Al poco tiempo el jilguerillo salió de las manos de aquel hombre y se alejó en el cielo”.

Esta parábola bien puede reflejar la situación de cada uno de nosotros y de las personas que viven hoy con nosotros. ¿Ha perdido el hombre su identidad? ¿Cuál es el sentido de su vida? Cuando pensamos, tenemos una manera de reaccionar, pero ¿se corresponde con nuestra vida? A fuerza de vivir de un modo concreto el ser humano pierde su propia identidad y sus ganas de vivir en esencia. La comodidad, la dependencia, el consumismo, los miedos, la indecisión, la inercia, nos atenazan. Por eso, en el comienzo de esta catequesis, es bueno que comencemos a preguntarnos: ¿En este momento de mi vida, con qué me identifico más de la parábola? ¿Cuál es el verdadero sueño de tu vida? ¿Qué es lo que te está impidiendo volar y buscar la verdad y el seguimiento de la misma?

Reconocer a Jesucristo como Verdad, eso es lo que decimos cuando afirmamos que *«la verdad está contenida en el Verbo del Padre»*. Pilato, preguntó a Jesús, *«¿qué es la verdad?»*. Su gran tragedia fue que la Verdad estaba delante de él en la persona de Jesucristo y no fue capaz de reconocerla. Os invito a realizar un acercamiento a Jesucristo para encontrar la verdad y el sentido de la vida, el mismo que hicieron los Magos de Oriente.

3. Deseo de verdad y dificultades para entregarse a su seguimiento

Hoy, como siempre, hay sed de verdad, búsqueda de felicidad y deseos inalcanzables desde uno mismo; pero también dificultad para entregarse al seguimiento de la verdad. Nos resulta difícil hacer lo que realizaron los Magos de Oriente: salir de su tierra, de sus costumbres, de su familia y ponerse en la dirección que le marcaba la estrella y no sus razones. Y es que salir de nosotros

mismos nos cuesta, en una sociedad que nos empuja continuamente a considerarnos el centro de todo.

Se advierte en el mundo una necesidad imperiosa de reedificar en sus componentes esenciales una civilización que sea digna del ser humano. Esa reedificación pasa por encontrarse con la verdad para quitar las carencias que el ser humano tiene en lo más hondo de su corazón y que se manifiestan en las ideologías materialistas que vacían la existencia, en el permisivismo moral que destruye la verdad del hombre, en creer que se puede construir una sociedad nueva y mejor eliminando a Dios y toda referencia a los valores trascendentales. Buscar la verdad para encontrar el sentido profundo de la existencia no es una cuestión secundaria, es lo más importante. Por eso, para nosotros los cristianos, el encuentro con Jesucristo es lo fundamental. Fue esencial para los Magos y lo sigue siendo para nosotros mismos.

Me impresionaron unas palabras del Papa Juan Pablo II cuando las leí hace años: *«Cristo dice que su Padre realiza cultura, cultura en el sentido más profundo de la palabra: la cultura que es la auténtica perfección del hombre, su realización en el sentido humano natural y hasta en el sentido sobrenatural»* (Parroquia de los Santos Protomártires, 21 de abril de 1985). Esa perfección del hombre nos la ha entregado Dios en Jesucristo. Nuestra sed, nuestra búsqueda, nuestros deseos, los alcanzamos en el encuentro con Jesucristo y en el seguimiento de su persona, que es la Verdad. Y todos sabemos que nuestra civilización está abrumada de corrientes muy diversas: cristianas, anticristianas, acristianas, antirreligiosas o ateas. Incluso a veces parece que las no cristianas dominan la mentalidad de la sociedad. Tal situación nos está pidiendo a los cristianos un compromiso fundamental: encontrarnos y seguir a Jesucristo –que es la Verdad– y llevar al encuentro con el Señor a todos los hombres, de tal manera que encuentro y misión no se pueden separar. Quien se encuentra con el Señor, sale inmediatamente al mundo para anunciarlo.

4. Situación existencial del hombre cuando construye la vida al margen de la Verdad

Hay dos páginas del Evangelio que iluminan y nos presentan, de parte del Señor, la situación existencial en la que se encuentra el ser humano cuando no vive en y desde la verdad; al mismo tiempo, nos muestran las claves para vivir en la verdad y la pedagogía que tiene el Señor para llevarnos en libertad a vivir en la verdad. Me refiero al encuentro del Señor con el joven rico y al texto de la Transfiguración que nos describe el Evangelio: Mt 19, 16-22 y 17, 1-8, respectivamente.

¿Qué nos dice el Señor en el encuentro con el joven rico? Éste representa a tantos de nosotros, y a los hombres de todos los tiempos, que tienen sed, buscan y no están satisfechos consigo mismos. Es un joven quien se acerca al Señor para decirle, *«¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?»*, es decir, para ser feliz. La respuesta del Señor es clara: *«Uno sólo es Bueno»*, y le invita a guardar los mandamientos, a vivir en la verdad en la que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. El joven estaba haciendo esto. El joven buscaba la verdad, quizá se había preguntado muchas veces por la verdad, ¿qué es la verdad? No sabía que la tenía delante de sí mismo. Por eso, entonces, el Señor, en su afán por hacerle encontrar la felicidad y la vida, le pide algo más: *«Si quieres ser perfecto, anda vende lo que tienes y dáselo a los pobres...luego ven, y sígueme»*. Le invita a hacer lo que los Magos de Oriente hicieron: ponerse al alcance no de su propia sabiduría, sino de la sabiduría que viene de Dios y que estaba fuera de ellos mismos. Una sabiduría que tiene su manifestación primero en la estrella que les guía y después en el propio Jesús a quien encuentran. Eso es lo que el Señor le

pide al joven que haga: un seguimiento de la verdad que es Jesucristo mismo, «*ven y sígueme*». Poner toda la vida en manos de Dios, entregar todo lo que uno es, sabe y tiene a Dios, y ponerse en seguimiento de quien se nos ha revelado como la Verdad, Jesucristo, que es la revelación del Padre; que es la Verdad que se sitúa delante de nosotros, pero no como una verdad teórica o como la definición metafísica de la misma, sino Él, su Persona misma que es la verdad.

¿Cómo me encuentro yo con respecto al seguimiento de la verdad?

¿Qué nos dice el Señor en la Transfiguración? Que los discípulos, después de encontrarse con el Señor en el monte con la realidad de quién era –el Hijo de Dios hecho Hombre–, apuestan la vida por Él, por la verdad revelada en su Persona, por el bien más grande que es Dios mismo, por la belleza divina que es la expresión auténtica de la verdad. Los discípulos, cuando suben al monte, llevan todas las inquietudes y pesadumbres que agitan la vida de cualquier ser humano, el sentido de la vida, las preguntas que surgen en las diversas angustias que provoca la existencia. Los discípulos que están viviendo en el monte, tienen la hermosa experiencia de la revelación del Padre y del Hijo en la nube del Espíritu. Tienen la experiencia del encuentro con la verdad revelada por Jesucristo que se transfiguró delante de ellos: «*Su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz*». Contemplaron la verdad y tuvieron la experiencia de la belleza que adquiere todo, Dios y nuestra vida, cuando nos encontramos invadidos por la verdad. De ahí su afirmación: «*Señor, qué bueno es estar aquí*». Bajan del monte transfigurados en lo más profundo de su corazón, descienden cambiados, y todo porque allí, en el monte, tuvieron la respuesta a todos sus interrogantes en Jesucristo. La verdad les hizo libres: «*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle*». ¡Qué belleza tienen las palabras del Señor a los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan!: «*Levantaos, no tengáis miedo*».

¿Qué experiencia de encuentro con Jesucristo tengo? En esas experiencias de encuentro, ¿se responden a los interrogantes profundos que tiene mi vida, es decir, envuelto en la verdad y en la belleza, encuentro respuesta, seguridad, felicidad, plenitud?

5. Los testigos fuertes de Dios nos ayudan a encontrarnos con la Verdad

En la búsqueda de la verdad tenemos necesidad de testigos fuertes de Dios. De este modo, y desde la misma fuente de la verdad, obtendremos respuestas a preguntas sin contestación racional. Los Magos de Oriente fueron unos intelectuales de su tiempo que buscaban la verdad, que escrutaban el cielo, como astrónomos que eran y que estaban animados por el rigor intelectual. Sabios que, cuando no pueden dar respuestas desde sí mismos a preguntas importantes, se dejan guiar entonces por la estrella y no admiten en su vida la orientación de otros hombres que, con las mismas medidas que ellos –como Herodes– querían darles. Ellos son quienes mejor expresan cómo hay que hacerse testigo de la verdad. En el encuentro con Jesús, en la cueva de Belén, se hacen testigos del Señor; por eso «*se retiraron a su país por otro camino*». Descubrieron otro camino para encontrarse con la verdad y se produce una conversión de tal calibre en sus vidas que, viniendo en una dirección, marchan por otra distinta.

Nuestro mundo, más que nunca, necesita la novedad del Evangelio para que no se ahogue en el conformismo. Hay pruebas evidentes de la necesidad de esa novedad a través del atractivo que ejercen sobre todos los testigos fuertes de Dios. Ahí tenemos testigos recientes: el Padre Kolbe, el Papa Juan XXIII, Sor Benedicta de la Santa Cruz, Santa María Faustina Kowalska, Madre Teresa de Calcuta, el mismo

Papa Juan Pablo II cuya causa de canonización se abrió recientemente. Y es que los testigos del Señor nos muestran que la vida cristiana no mortifica al hombre, sino que eleva sus capacidades más nobles y las pone al servicio de todos los hombres. Es apasionante ver la fuerza arrolladora que tiene la vida de los testigos del Señor. Y es que en ellos descubrimos cómo en Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, han hallado la verdad plena de sí mismos, el destino auténtico que tenemos y todo un itinerario de vida que cada uno desarrolla ejemplarmente en su existencia. Aquellas palabras del Papa Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptor hominis* nº 10, las vemos hechas realidad en vidas concretas de discípulos de Jesús.

El testigo fuerte del Señor es quien se pone en manos de Dios, a la manera como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo; se fía de Él con todas las consecuencias y accede a la pertenencia eclesial como una gracia, ve a la Iglesia como un sacramento y como un don no manipulable. El testigo de Dios sabe que la interioridad y la espiritualidad no es filantropía; que su ser de creyente se alimenta en la oración y contemplación donde se realiza el encuentro con Dios y en la conversión de vida, accediendo al mundo con la novedad que el Evangelio aporta a nuestra existencia concreta. La acción cívico-social, el trabajo por la paz, por la justicia, en la ecología..., adquieren entonces el sentido esencial que han de tener para todo cristiano como testigo de Cristo.

En la búsqueda de la verdad poned ante vuestros ojos el testimonio de tantos hijos e hijas de la Iglesia, cuyo ejemplo es patrimonio de todos los cristianos y para todos los hombres. En los santos vemos descrita la verdad, porque en su existencia observamos aspectos fundamentales de la vida de Jesucristo, verdad plena. En este sentido quiero recordaros lo que significa la palabra *mártir*, de tanta importancia para nosotros, porque es hasta ahí donde debe estar dispuesta nuestra vida. Este término –que proviene del griego *‘mártys’* y que significa ‘testimonio’–, adquirió hacia el s. II d. C. un sentido mucho más específico, reservado al creyente que sufre y muere por la fe. Pronto en la Iglesia se comenzó a distinguir entre el ‘testigo simple’ llamado ‘confesor’ y el ‘testigo por excelencia’ que es el ‘mártir’: el cristiano que acepta la muerte por profesar su fe en Cristo. Orígenes escribiría en el año 225: «*Todo el que da testimonio de la verdad, bien sea con palabras o bien con hechos o trabajando de alguna manera a favor de ella, puede llamarse con todo derecho ‘testigo’. Pero el nombre de ‘testigo’, en sentido propio, se debe a la comunidad de hermanos, impresionados por la fortaleza de espíritu de los que lucharon por la verdad o por la virtud hasta la muerte, que tomó la costumbre de aplicárselo a los que dieron testimonio del misterio de la verdadera religión con el derramamiento de sangre*» (In joh. II, 210).

En este año de la Eucaristía iqué profundidad adquiere la plegaria de San Policarpo ante el martirio: es toda una actitud eucarística la que le anima!:*«Padre del Hijo amado y bendito Jesucristo, yo te bendigo porque me has juzgado digno de tomar parte en el número de los mártires, en el cáliz de tu Cristo, para la resurrección en la vida eterna del cuerpo y la sangre en la incorruptibilidad del Espíritu Santo»* (Eusebio, HE IV, 15, 33). Necesitamos cristianos como los mártires, no solamente que confiesan la fe hasta la efusión de la sangre, sino que manifiestan la fidelidad del cristiano en el sufrimiento y en la muerte. Cuando leemos testimonios cristianos de la primera época, descubrimos la fuerza que tienen entre los no cristianos, hasta el punto de llevar a muchos a la conversión; una fuerza que, al mismo tiempo, alienta a los cristianos ya confesos. Tertuliano se hace esta pregunta: *«¿Quién, pues, ante el espectáculo dado por los mártires, no se siente conmovido y no busca qué hay en el fondo de este misterio?»* (Apol., 50, 15). Quizá en esta pregunta están subyacentes los motivos de su conversión. Justino mismo, confiesa que se convirtió al ver el testimonio de los mártires: *«Viéndolos intrépidos ante la muerte, comprendí que era imposible que viviesen en el vicio y el amor de los placeres»*

(Apol. II, 12).

En la búsqueda de la verdad que tenemos que hacer los discípulos de Jesucristo, deseo recordaros lo que el Concilio Vaticano II nos dice sobre el martirio. Utiliza esta palabra seis veces, en su acepción más propia, en: PO,5; LG 50 (2x); GS 21; DH 11; SC 104. Pero, junto a este término, tiene otros de una fuerza singular para nosotros, porque en ellos asumimos la respuesta a la interpelación que siguen haciendo todos los hombres de nuestro tiempo, como los hicieron los Magos de Oriente: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?» ¡Qué belleza tienen las palabras que nos entrega la Constitución Lumen Gentium!: «*Por el martirio, el discípulo se hace semejante a su Maestro, que aceptó libremente la muerte para la salvación del mundo, y se identificó con el derramamiento de su sangre. Por eso la Iglesia considera siempre el martirio como el don por excelencia y como prueba suprema del amor. Aunque se conceda a pocos, todos, sin embargo, deben estar dispuestos a confesar a Cristo ante los hombres y a seguirlo en el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca le faltan a la Iglesia*»(LG 42).

Los testigos de Cristo nos interpelan de tal manera que, en su cercanía, surgen ciertamente en nuestra vida preguntas importantes: ¿qué cambios fundamentales tengo que hacer en mi vida para buscar la verdad siguiendo los mismos pasos de los testigos? ¿Estoy dispuesto a dejarme guiar por la estrella, es decir, a dejar que me guíe el Señor, a introducir en mi vida una luz y una fuerza que están fuera de mí mismo, pero que entran en mí, si lo acepto, y me hacen tener una capacidad nueva para poder entender todo de un modo diferente y más hondo? La respuesta no es fácil. Pero, adentrándonos en las entrañas de su itinerario vital, creo que no digo nada raro si afirmo, que los Sabios Reyes se fiaron del Señor; acogieron esa ciencia y esa sabiduría que viene de Dios mismo, aprendieron a conocer a Jesucristo y se dejaron conocer por Él. La ciencia y sabiduría para este conocimiento no estaba compuesta de hipótesis o sometida a reducciones socio-utilitarias. Su saber y su ciencia estaban llenos de la sencilla verdad sobre el hombre y, especialmente, repletas de amor. Ellos se sometieron a esta sencilla sabiduría, colmada por el amor de Jesucristo, el Buen Pastor. Él nos conoce a cada uno, más de lo que cada uno se conoce a sí mismo.

Los testigos facilitan a Cristo la labor de dejarse encontrar por Él. Los testigos dejan que Él conozca todo sobre ellos, y por eso dejan que los guíe. Saben con mucha claridad que para seguir a alguien es necesario ser exigente consigo mismo, pues esta es la ley de la amistad.

6. Buscar la Verdad con pasión

Una gran tarea para nosotros: buscar la verdad apasionadamente y poner todas las capacidades de nuestra vida al servicio de un anuncio de Jesucristo que sea claro, explícito, audaz, con fuerza evangélica. En la novela de Dostoievski, 'El idiota', por labios del ateo Hippolit, hace una pregunta al príncipe Myskin: «¿Es verdad, príncipe, que dijisteis un día que al mundo lo salvará la belleza? Señores –gritó fuerte dirigiéndose a todos–, el príncipe afirma que el mundo será salvado por la belleza...¿Qué belleza salvará al mundo?» (Fedor Dostoievski, *El idiota*, p. III, cap. V, Editorial Juventud, Barcelona 1987).

Podríamos traducir belleza por verdad, sin lugar a dudas, aunque personalmente me gusta más belleza, porque abarca muchas más cosas y, por tanto, enriquece más aún el contenido de la verdad. Naturalmente que el príncipe no responde a la pregunta de Pilato «¿qué es la verdad?», igual que Jesús hizo el día que compareció ante Pilato, pues su respuesta la dio solamente con su presencia, sin palabras. Pero

la belleza y la verdad de la que habla es la que nos muestra el mismo Jesucristo, que genera atracción gozosa, sorpresa grata, entrega ferviente, enamoramiento, entusiasmo; es lo que el amor de Cristo nos hace descubrir en cada persona con la que se encuentra, provocando siempre una salida de nosotros mismos y unas capacidades nuevas de riesgo, de entrega, de servicio, de donación. Es lo que suscitó Jesucristo en el monte el día de la Transfiguración con los discípulos, cuando ellos mismo dijeron, «Señor, ¡qué bien estamos aquí!» (Mt 17, 4). Es lo que el Señor motivó en los Magos de Oriente, que al encontrarle cambiaron la dirección de su vida. Ellos, que habían sido guiados por la estrella, después de encontrarse con la Verdad, marchan en una nueva dirección.

Atrévete a encontrarte con Jesucristo y a poner todo lo que eres al servicio de su causa. Observa el escenario del tiempo, el de tu corazón y el de la reflexión sobre las grandes preguntas. El escenario del tiempo en el que vivimos es claro, lo que parecía irreplicable de las atrocidades del s. XX sigue reapareciendo: guerra, genocidios, destrucciones, falta de respeto a la vida; las ideologías siguen influyendo con su lógica de contraposiciones y generando nuevas e intensas violencias. También en la escena de nuestro corazón parece que nos urge escuchar con más fuerza la Palabra de Dios, donde volvamos a descubrir y a vivir que Dios nos ama entrañablemente, que en Jesucristo nos revela el Padre su amor en el gesto supremo de su sacrificio, que en el encuentro con el Señor sentimos en nosotros vivas esas palabras de los discípulos, «¡qué bien estamos aquí!». En el escenario de la reflexión también se nos invita a un encuentro con el Señor. A poco que pensemos, sí que vemos muchos lugares y muchas maneras de negar la verdad y la belleza. Donde quiera que el odio y la violencia triunfan sobre el amor y la justicia, se niega la verdad. Donde no hay alegría y se pierde la esperanza, donde triunfa la falta de entusiasmo y no se irradia la fuerza del gozo de la fe, a pesar de todas las situaciones que vivamos, se niega la verdad.

¿En qué condiciones estás tú para captar la verdad que se revela en Jesucristo? ¿Qué estás dispuesto a dar? ¿Dispuesto como los Magos a salir de tu tierra, de tu historia, para entrar en otra diferente que es la que el señor te propone?

7. Al servicio de un anuncio claro, explícito y audaz de Jesucristo, que es la Verdad

¿Qué es la verdad? Esta era la pregunta de los Magos de Oriente y de todos los hombres. Pero, muchas veces, nos ocurre como a Pilato y no nos enteramos: la verdad estaba delante en la persona de Jesucristo. Sin embargo, la verdad permanece a nuestro lado. Como dice el Evangelio de San Juan «*la luz verdadera*» estaba en el mundo: el Verbo «*por quien el mundo fue hecho, pero que el mundo no lo reconoció*» (cf. Jn 1, 9-10). Cuando reconocemos a Jesucristo como verdad estamos en el comienzo de una manera nueva de vivir. «*El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 14). La verdad es Jesucristo. Amemos la verdad. Vivamos en la verdad. Llevemos la verdad al mundo. Seamos testigos de la verdad. Pidamos a Jesucristo que nos muestre la verdad.

Estamos llamados a hacer visible la verdad. La visibilidad forma parte de la esencia de la Iglesia. Por eso los temas del testimonio y del escándalo son igualmente esenciales. El comportamiento que tengamos los cristianos, participa del uno o del otro. El encuentro con Jesucristo es imprescindible; la pregunta de los Magos de Oriente sigue siendo interpelación para nosotros: «*¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?*». La conciencia honda de una vida más coherente tiene que ser para nosotros una pasión. En este sentido dar la mano a la Virgen María es para nosotros una necesidad. En la Virgen María la Iglesia ha alcanzado ya la perfección.

Por eso, los cristianos, cuando dirigimos hacia Ella la mirada, nos esforzamos por crecer en santidad a través de la victoria sobre el pecado. El Concilio Vaticano II enunció una regla de oro a la que hemos de atenernos firmemente: *«La verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez fuertemente en las almas»* (DH 1). Tengamos el atrevimiento de ponernos delante de Jesucristo, de permanecer y de tener pasión porque todos los hombres se encuentren con Él, que es la verdad.

En esta bella historia de los Magos de Oriente el Señor nos explica cómo el hombre, con su sólo esfuerzo, no es capaz de encontrarse con la verdad. Es necesario que se ponga a la luz de quien puede entregarnos la capacidad para hallar la verdad. *«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Vimos su estrella en Oriente»* (Mt 2, 2). Solamente el Hijo de Dios puede quitar la mentira y situarnos en la verdad. De ahí la necesidad de volver a escuchar aquel pasaje del Apocalipsis en el que el libro abierto es entregado a Juan y, por su medio, a la Iglesia entera. Se invita a Juan a tomar el libro y a devorarlo: *«Vete, toma el libro que está abierto en la mano del Ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra...Toma, devóralo»* (Ap 10, 8-9). Solamente después de asimilarlo podrá comunicarlo a los demás (cf. Ap 10, 11).

Ante la preciosa realidad del encuentro con Jesucristo, sentimos la urgencia de comunicarlo. Nos espera la tarea de anunciar la verdad, de entregar a Cristo. Recobremos el entusiasmo de esta novedad. Que el anuncio de Jesucristo sea nuestra honra y nuestra razón de ser. Hay palabras que tienen que formar toda una unidad en la explicación de nuestra vida: proclamar, atraer, irradiar, contagiar, ser fermento. Así seremos creíbles, porque resplandecerá en nosotros la belleza del Evangelio, es decir, la misma verdad. La consecuencia de este encuentro con la verdad es la vida en santidad, requisito esencial de la evangelización.

Mons. Carlos Osoro Sierra - Arzobispo de Oviedo